

SHAKESPEARE...

A ritmo de tango

Sueño de una noche de verano

producción de la Comedie Francaise

Salle Richelieu

Dirección: Jorge Lavelli

He visto diversas puestas del SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO de Shakespeare; algunas excelentes, llenas de juego, magia e imaginación; otras malas, fallidas, y otras tradicionalmente hechas con muchos duendes, hadas y hasta música de Mendelssohn, modelito que de seguro ha de agradar a más de un crítico con formación de conservatorio.

De las mejores, recuerdo la de Peter Brook, que vi en Londres en la década del 70, que sigue siendo superlativa en todos sus aspectos. También recuerdo haber visto una puesta interesante en París, en la que forraron en piel de cabra una pista de circo y los actores semidesnudos se deslizaban sensualmente por el espacio, produciendo un efecto verdaderamente erótico, que si bien acentuaba un aspecto dionisiaco en el asunto, le suprimía la parte lúdica que también es fascinante de la obra. En fin, una típica puesta del decenio del 60. Con tal variedad de representaciones de la más popular de las comedias de Shakespeare, sentí una gran curiosidad al llegar a París por encontrar qué elementos nuevo podría agregarle el famoso director argentino Jorge Lavelli, a SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO.

Lavelli es considerado por muchos como un director de gran talento y extraordinaria imaginación, y es sin duda alguna de los que más se destaca en la escena francesa. He visto algunos de sus trabajos a través de los años, entre ellos el estreno de LOS BIOMBOS, de Genet; MEDEA, de Séneca; ENCADENADOS, de O'Neill; todas con María Casarés, y más recientemente LA TEMPESTAD, de Shakespeare, en Barcelona, en 1983; puesta controversial pero llena de creatividad, donde hacía un portentoso juego entre verdad y teatralismo. De modo que una fría noche de diciembre en medio de una huelga de transporte urbano, me fui a la Comedie Francaise a ver el espectáculo de Lavelli. El tema de SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO, como todos lo sabemos, es el amor en todas sus posibilidades. El amor envilece y purifica, nos dice el bardo, todo es parte de un mágico juego, en el que somos víctimas y victimarios, a la vez de un sueño

loco, la mayoría de las veces absurdo, como lo podemos constatar al despertar. Puck, el personaje pivotal, especie de cupido perverso, lo sabe así cuando exclama:

"Nada hay que me guste tanto como lo absurdo". (Acto III, Escena II.)

El espíritu de Puck parece penetrarse en el de Lavelli, al descubrir éste en su sueño shakespeareano las metáforas del amor, el erotismo y la sexualidad así como sus cambios, excesos y decepciones, que sin duda le han de recordar la letra arrabalera de un tango. Y si Shakespeare dice que: "Estamos tejidos de la idéntica tela de los sueños", Lavelli tiene el derecho de escoger el suyo.

- We are such stuff as dreams are made of.
(LA TEMPESTAD. Acto III, Escena I.)

Varias veces Shakespeare nos indica que esta obra es un teatro dentro del teatro y una realidad dentro de otra lo que es equivalente al sueño. Dentro de esta temática la propuesta de Lavelli nos parece clara y correcta. Veámoslo: en la primera escena aparecen Teseo e Hipólita en un vestíbulo de un teatro, vestidos estilizadamente según la época de la década del 30, bailando al ritmo de un cadencioso tango de Piazzola. Es evidente que nos está diciendo que todo es teatro, y la clave semiótica está claramente dada en el decorado que representa ese vestíbulo. Inmediatamente, hacen la entrada las jóvenes parejas que quieren resolver sus problemas amorosos y al no encontrar solución van al bosque, y esto se resuelve con la introducción de una escenografía que invade el vestíbulo de ese teatro y lo convierte en una floresta.

Cansadas, las parejas se duermen y aparece la reina de las hadas con su corte, que es un fascinante coro de hombres de barba y sombrero alado, con corbata pero con faldas talladas de lamé, y bailan entre ellos al compás de un fascinante ritmo milonguero. Difícilmente, podríamos encontrar una expresión tan vital de las fuerzas del instinto representadas en esta noche de locura en la que

Puck, esta vez un pituquillo porteño en camiseta y pantalón de tirantes, se ríe de todas las incongruencias del amor y la sexualidad, como cuando ve a Titania enamorada de un asno y a quien le dice en su fantasía:

"Ven a sentarte en este florido lecho, ven a que te acaricie tus encantadoras mejillas, y a que ponga en tu cabeza blanda una guirnalda de rosas y bese tus largas y hermosas orejas, suave deleite mío". (Acto IV, Escena I.)

Y así vemos las parejas cambiarse, así como el sujeto y objeto del amor, lo dulce se torna agrio y el amor sigue haciendo de las suyas mientras los espíritus del instinto que pueblan el bosque también se ríen, a tiempo que hacen firuletes con el ritmo embriagante de un tango. Al final, el SUEÑO acaba como también acaba esa lucha de orden y libertad, de razón y locura que se da en el juego del amor. La diferencia entre la puesta de Brook y Lavelli es un juego cruel, casi un bestiario de reminiscencias de un Jerónimo Bosco; la de Lavelli es un juego con el ensueño a lo Chagall, en ambos está Shakespeare; el juego es coherente en los dos. Acaso no dice Lazandera:

"En estos días la razón y el amor no se hacen compañía." (Acto III, Escena I.)

O bien:

"Locos y amantes tienen los sesos hirvientes." (Acto I, Escena I.)

Y así los episodios continúan en este alucinante ritmo que marca la música de Piazzola. Shakespeare utiliza la última escena de SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO para la representación de los cómicos con la farsa "La muy dolorosa y crueldísima muerte de Príamo y Tisbe", que no sólo sirve de fin de fiesta sino que repite una vez más la magia del teatro dentro del teatro. Lavelli aprovecha al máximo y la prolonga en un delicioso espectáculo de tango en que toma parte toda la compañía, como queriendo decirnos que el bardo bien pudo ser porteño.

Bueno, la vida es una ilusión y el teatro es lo que más se le asemeja, parece decirnos Shakespeare, y en ese mundo de ensueño, los mitos del amor, el dolor y la muerte se repiten siempre, ya sean en los bosques de Atenas, las florestas de Arden, la isla encantada de Próspero o una terrible noche en los acantilados de Dover. En ese lugar encantado que es el teatro, no existen ni el tiempo ni el espacio, sólo la magia del arte, realidades yuxtapuestas de lo interior y lo exterior. Shakespeare lo supo, lo sabe Lavelli y lo sabemos nosotros cuando dejamos la sala y meditamos una vez más sobre la vida:

"Swift as a shadow, short as any dream".

("Cambiante como una sombra, breve como cualquier sueño.")

DANIEL GALLEGOS

10º
A
N
I
V
E
R
S
A
R
I
O

